

litado en la República Francesa, habria sido uno de los lugar-tenientes del Capitan que asombró al mundo, y brillando por su propia luz, á diferencia de muchos que lo fueron, y que á la manera de los planetas, se opacaron cuando murió el Sol que los iluminaba.

Ya no hay un hombre medianamente pensador que no vea todo lo que hay de absurdo en las especies que inventaron la envidia y el rencor. No era lo mas, ni era el todo, dar un plan á un soldado atrevido para que lo proclamara: esto habria bastado si la obra hubiera estado hecha, como se ha pretendido. La obra no se hizo sino por la manera con que se condujo y se desarrolló ese plan. Los autores de él, si fueran otros, ¿sirvieron por ventura tambien de apuntadores en las admirables conferencias del Gefe Mexicano con nuestros diputados que iban á las Córtes de Madrid, con nuestro ilustre jurisconsulto D. Juan José Espinosa de los Monteros, con el general D. José de la Cruz, con el virey O'Donojú, con el regente Bataller, y con tantos otros hombres de tan alto renombre, y de los cuales salió victorioso? ¿Le dictaron todas sus proclamaciones y hasta las últimas palabras que profiriera al tiempo de su muerte? Estos errores groseros caerán de todo punto, y el grande ITURBIDE será vuelto á su lugar, el dia que sea conocida la situacion de las Américas, en sus relaciones con la que guardaba la Europa, cuando aun vivía Napoleon en Santa Elena, y ellas llevaban diez años de lucha: el dia que nuestra campaña de siete meses tenga su digno historiador.

Engolfados estaban los mexicanos en estas conversaciones, cuando las baterías de la plaza principal, de la Ciudadela y Chapultepec les anunciaron que habia amanecido el dia 24 de Octubre de 1838, el dia de la reparacion. Comenzó desde esa hora el toque de cien campanadas, á estilo de vacante, en todas las iglesias de la capital. Vacío en efecto ha quedado para los mexicanos hasta

hoy, y sabe Dios hasta cuándo, el lugar que tuvo en su corazon y en su suerte D. AGUSTIN DE ITURBIDE; ese puesto no es de los que prodiga el mundo y que son vanos por mas elevados que sean, sino de aquellos que da la historia al genio, de aquellos que se pasan siglos para poderles volver á merecer.

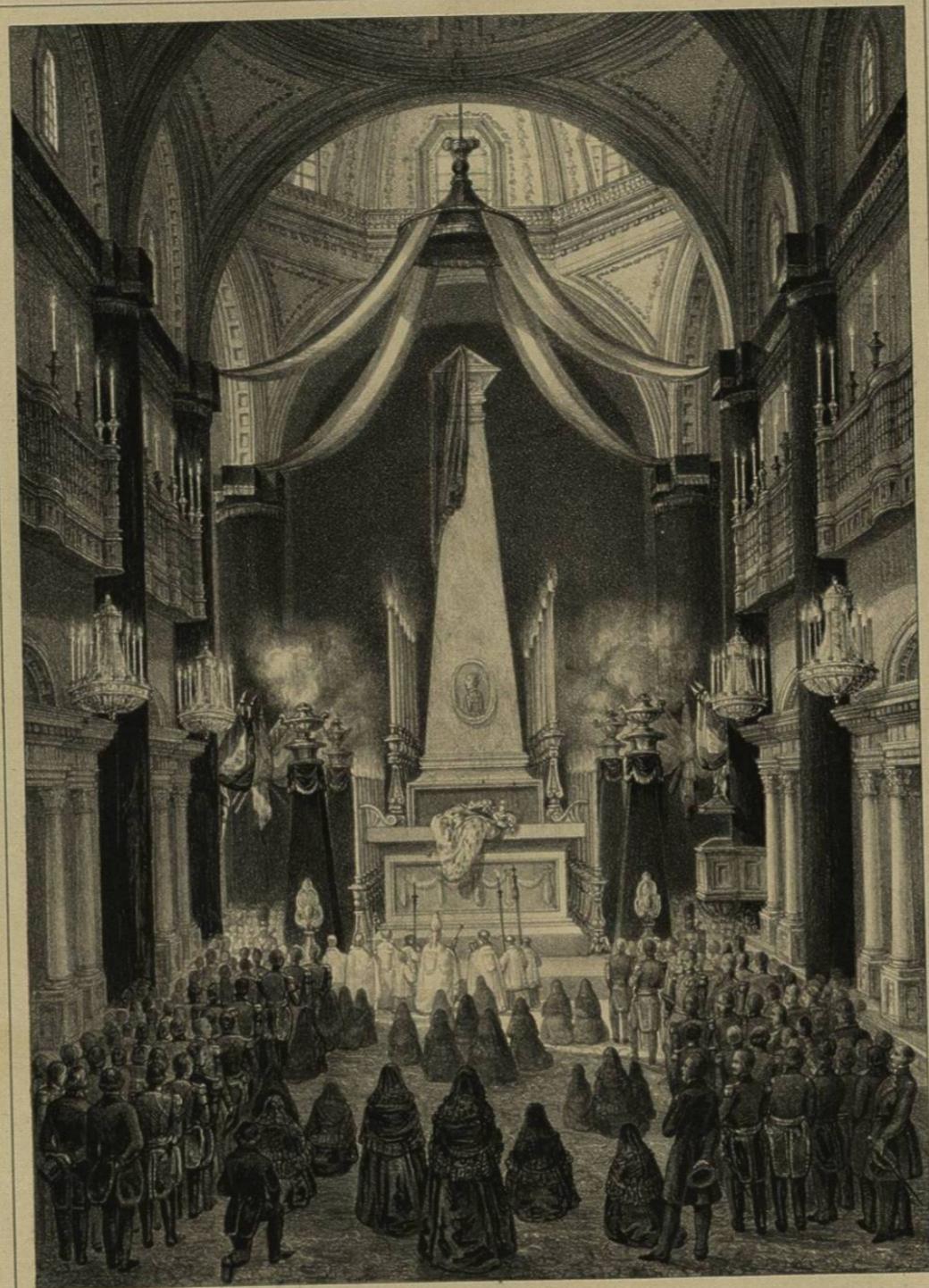
Apénas se oyeron tambien aquellos toques, y el público que esperaba con ansia la solemnidad, corrió á la iglesia de San Francisco, recordando que en ella por primera vez y en el mismo mes de Octubre de 1821, se reunieron los mexicanos á dar gracias al Altísimo por la consecucion de la independenciam, presidiendo la funcion su autor y su mas ilustre caudillo. Para comodidad del mismo público y evitar el desórden, muchas veces inevitable en reuniones numerosas, se dispuso que se entrase por la puerta principal y se saliese por la del costado. Así es que al entrar de frente en aquel magnífico templo, los concurrentes quedaban asombrados al aspecto imponente y magestuoso que se presentaba á su vista. El fondo de la iglesia estaba vestido de negro desde las bóvedas hasta el pavimento: lo estaban igualmente en toda su altura las cuatro columnas del centro del crucero, resaltando mas en aquel inmenso fondo oscuro un haz de tres banderas trigarantes, atadas y colocadas en cada una de estas columnas á cierta elevacion. Los colores de todas estas banderas estaban en armonía con un grandioso pabellon tricolor suspendido bajo la media naranja, cuyo círculo tenia veinte y una varas de circunferencia, y del cual salian abriéndose cuatro fajas tambien tricolores de mas de cuatro varas de ancho á colocarse sobre los capiteles de las columnas enlutadas en que se hallaban las banderas. Terminaba este pabellon por su extremo superior en un penacho trigarante. Como para disputar la altura al pabellon, se levantaba un suntuoso catafalco á mas de treinta piés de elevacion: su base tenia seis varas por cada lado del cuadrado con tres ó cua-

tro gradas: encima un pedestal, y sobre éste la esbelta pirámide. En la cúspide truncada de su cono se colocaron los restos de D. AGUSTIN DE ITURBIDE dentro de una urna de cristales y bronce dorado, cerrada con una cubierta de lo mismo, que tenia encima los trofeos en que se miraba erguida el águila nacional: todo el conjunto de cortes y molduras era de un trabajo acabado.

Los huesos se dispusieron de manera que formaban un cuadrado tejido y piramidal, comenzando por los fémores y los radios y acabando por las clavículas, atadas todas las piezas con listones para mantenerlas firmes: dentro de este cuadrado se metieron las vértebras, falanges, todas las piezas menudas y fragmentos: encima se colocaron los restos que ecsistian de la cabeza: el occipital, los dos parietales, el hueso macsilar superior y dos fragmentos del inferior: completándose con cera las partes que faltaban del cráneo: todo esto asentado sobre un almohadon de terciopelo negro.

En la cornisa superior del cuerpo que servia de base á la pirámide, se pusieron los despojos del Sr. ITURBIDE: el sombrero y manto de la órden de Guadalupe: su propio uniforme de general mexicano, su banda, su baston, su sombrero y su espada. ¡Cuánto y cuán al vivo se retratan en la imaginacion la fisonomía y las acciones de una persona, con una parte del vestido que teniamos costumbre de verle, y cuánto se renueva el dolor á la presencia de una prenda suya!

En el frente de aquel cuerpo, por toda inscripcion no se leia mas que esta palabra: « ITURBIDE: » ni se necesitaba mas. Este nombre es de aquellos que llevan consigo la celebridad, que se bastan á sí mismos, y no han menester las mentiras convencionales con que á falta de valor propio pretenden otros nombres obtener la consideracion en el mundo. El decreto por el que se espatriaba á D. AGUSTIN DE ITURBIDE le designaba el tratamiento de *Escelestísimo*.



Litog. de Cumplido.

Exposicion de las cenizas del Sr. ITURBIDE, en la Iglesia de San Francisco,  
del 24 al 26 de Octubre de 1838.

Miseria! Cuando la mediocridad afecta con títulos tributar respeto á los grandes hombres, no pretende realmente sino bajarlos á su nivel.

En los ángulos de la base del catafalco se veian cuatro columnas de quince piés de elevacion, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos y tras de ellos en los costados dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.

En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedian sin intermision las misas de *requiem*, que se celebraban por el ilustre difunto, á mas de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardian constantemente multitud de cirios de toda magnitud.

Aquel templo no se desahogaba un momento desde el amanecer hasta la noche, durante los dias 24, 25 y mitad del 26, en que se hizo la exposicion. En todos estos dias tronaban los cañones de las baterías y sonaban los dobles de las campanas á cada cuarto de hora.

Ese dia 26 debian trasladarse las cenizas, del Convento de San Francisco á la Catedral, para ser allí sepultadas, en cumplimiento del decreto del Gobierno. Desde muy temprano se hallaban ya formando valla las tropas, y la poblacion de la ciudad agolpada en las ya regadas y barridas calles de San Francisco, las dos de Plateros, Portales de Mercaderes, Diputacion y las Flores, los frentes de Palacio y la Metropolitana hasta su puerta principal: el empedrado se compuso espresamente para tal objeto, en cuya operacion



Exposición de las cenizas del Sr. D. Juan Manuel, en la Iglesia de San Francisco

del 24 al 26 de Octubre de 1834

¡Miseria! Cuando la mediocridad afecta con títulos tributar respeto á los grandes hombres, no pretende realmente sino bajarlos á su nivel.

En los ángulos de la base del catafalco se veían cuatro columnas de quince piés de elevación, vestidas en todo su tamaño de terciopelo negro, con franjas de oro: estaban coronadas con unos fumigadores ó incensarios, que eran unos enormes jarrones de plata maciza.

En los dos ángulos del frente se hallaban dos inmóviles granaderos y tras de ellos en los costados dos ayudantes de la persona del Presidente, de riguroso luto, con espada en mano y cubiertos.

En todos los altares del cuerpo de la iglesia se sucedían sin intermision las misas de *requiem*, que se celebraban por el ilustre difunto, á mas de las solemnes que se cantaban en el altar mayor y para las que se alternaban las comunidades religiosas y el cabildo eclesiástico. En todos los altares, en el sarcófago y en el cuerpo de la iglesia, ardian constantemente multitud de cirios de toda magnitud.

Aquel templo no se desahogaba un momento desde el amanecer hasta la noche, durante los dias 24, 25 y mitad del 26, en que se hizo la esposicion. En todos estos dias tronaban los cañones de las baterías y sonaban los dobles de las campanas á cada cuarto de hora.

Ese dia 26 debían trasladarse las cenizas, del Convento de San Francisco á la Catedral, para ser allí sepultadas, en cumplimiento del decreto del Gobierno. Desde muy temprano se hallaban ya formándo valla las tropas, y la poblacion de la ciudad agolpada en las ya regadas y barridas calles de San Francisco, las dos de Plateros, Portales de Mercaderes, Diputacion y las Flores, los frentes de Palacio y la Metropolitana hasta su puerta principal: el empedrado se compuso espresamente para tal objeto, en cuya operacion

se trabajó todavía en toda la noche misma de la víspera: la vela estaba tendida en toda esta carrera.

Aunque la ciudad estaba por todas partes enlutada, se notaba mas especialmente esta manifestacion en aquellas calles, donde los balcones adornados con variedad y ostentando la mas ó menos parte que el dueño de la casa tomaba en aquella solemnidad luctuosa, presentaban en su conjunto un golpe de vista que oprimia el corazon.

Los balcones de Palacio estaban cerrados, sin que una sola persona apareciera en ellos. La nacion era en tal luto la doliente, y la casa de sus representantes no podia estar de otra manera. Lo mismo se notaba en la de la Señora Doña Nicolasa, hermana del ilustre difunto. Una cortina negra cubria la fachada de su casa. Si esta solemnidad al mismo tiempo que era una vindicacion de los mexicanos, les renovaba la pesadumbre de haber perdido de una manera tan desgraciada á su libertador, ¿con cuánta mas intensidad se abria de nuevo esta herida en los miembros de su familia? Aquella Señora no se sintió con fuerzas para ver pasar por el frente de su casa las cenizas de su infortunado hermano, y salió por aquellos dias de la ciudad. Triste consuelo es á la verdad; pero debe haber tenido el de que todos los mexicanos se hallaban mas en el caso de recibir que de dar pésames, y de que muchos fueron á llorar con ella.

El congreso á vista de lo que se habia manifestado generalmente y á mocion del Gobierno y del Consejo, dió la sancion á la nacionalidad del acto, decretando la víspera que fuese presidido por una diputacion de doce individuos del seno de ambas cámaras, á la cual se incorporasen otra de la Suprema Corte de justicia, el Consejo, dos secretarios del Despacho y el doliente principal.

A las once de la mañana comenzó á salir el cortejo de San Francisco. Este momento fué anunciado por la artillería. Abria la marcha una escuadra de gastadores de caballería en caballos negros, seis ca-

ñones de campaña con sus respectivos destacamentos de artillería y cubiertos enteramente con lienzos negros: todas las mulas negras igualmente cubiertas con gualdrapas negras, las guarniciones, los tirantes de las guarniciones, las riendas y todos los arneses completamente negros.

Seguian cuatro caballos enlutados, llevados por lacayos vestidos de luto. En los mantillones estaban ricamente bordadas las armas de la familia del difunto; monumento anacrónico en tiempo de la igualdad republicana, pero que anunciaba la ilustre ascendencia de su familia aun en épocas que se ostentaba esta calidad con tales blasones. Solo se sustituyeron unas águilas en el lugar que antes ocupaban unos leones. Acaso se quiso indicar con este emblema, que el dueño de aquellas armas podia volver con usura á sus abuelos y con acciones ilustres propias suyas, la nobleza que de ellos recibió.

Seguia el sargento mayor de la plaza con sus ayudantes, algunos coroneles, y otros gefes, todos á caballo y con espada en mano: marchaban luego las compañías de granaderos de los cuerpos, todos los pobres del hospicio, á quienes se hizo para ese dia un vestido de luto y que llevaban cirios encendidos: pasaban despues todas las Santas Escuelas, Cofradías, Terceras Ordenes, Comunidades religiosas, un numeroso clero, luego las cruces parroquiales y al fin el Cabildo metropolitano.

En un carro suntuosamente enlutado y primorosamente trabajado se conducia la urna que contenia los restos del héroe. Sobre un juego de resortes se habian dispuesto unas andas con un pabellon sostenido por cuatro columnas bajo del cual estaba colocada la urna. Todo estaba vestido de terciopelo negro con franjas de oro y flecos de torsales de seda negra: ondeado, plegado y bordado con la mayor elegancia, y de esta manera cubierto enteramente todo el car-

ruage, sin que se dejasen ver de todo él mas que las llantas de las ruedas. La parte superior del pabellon estaba coronada de penachos con plumas trigarantes, y un poco abajo de la urna por la parte posterior iban las vestiduras y demas insignias que estaban en el catafalco. Llevaban las borlas del ataud dos generales del ejército, el director de Rentas, un ministro de la Tesorería General, un miembro del Ayuntamiento y otro de la Universidad. Tiraban del carro seis hermosos caballos negros, enteramente cubiertos de ricas gualdrapas de paño negro fino que colgaban hasta el suelo, con penachos de plumas negras y montados por gefes del ejército: numerosos lacayos á pié y con libreas de luto se esforzaban, á veces en vano, en contener el brio de aquellos fogosos animales. Marchaban á uno y otro lado del carro los ayudantes del Presidente de la República y custodiaba la urna la Compañía de Alumnos del Colegio Militar entre dos hileras de gastadores de infantería.

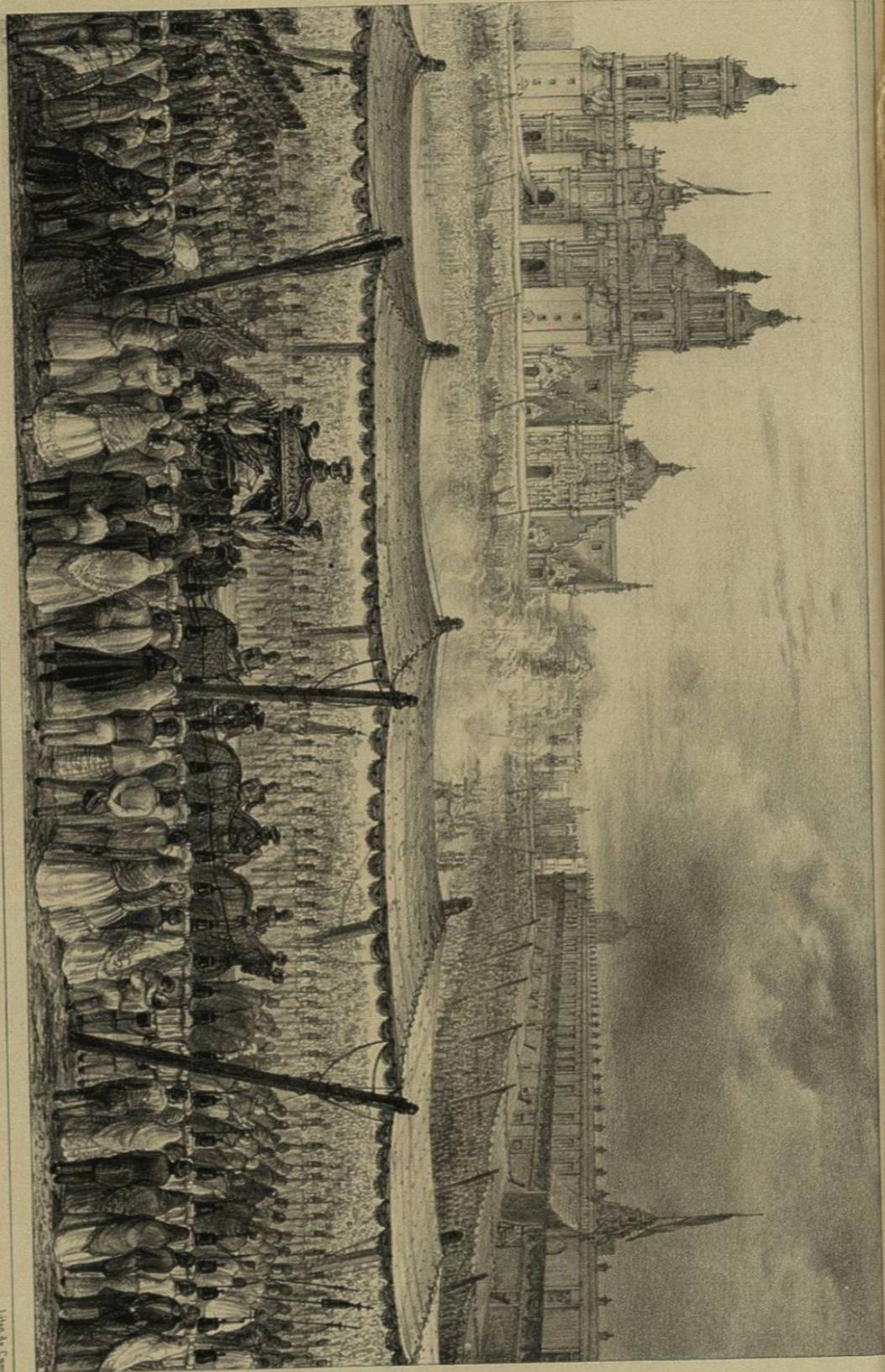
Detras del carro marchaba el Comandante general, con todo su estado mayor y una compañía con bandera arrollada y armas á la funerala: seguian la Universidad y los Colegios: luego bajo las mazas del Ayuntamiento iban indistintamente gefes de oficinas y del ejército, generales y otras muchas personas distinguidas, Autoridades de todas clases, las Departamentales y el Gobernador. Préviamente se habia pasado un convite espreso por el Ministerio de lo Interior; pero multitud de personas no esperaron á recibirlo para concurrir. Pasaba despues el Consejo de Gobierno y presidian la procesion las comisiones de la Suprema Corte de Justicia, del Poder Ejecutivo y del Congreso, incorporados el Sr. D. Joaquin Iturbide, pariente, y el Escmo. Sr. D. Juan Gomez Navarrete, albaacea, haciendo de doliente principal el Presidente de la Cámara de Diputados, en representacion de la Nacion Mexicana, la cual era la verdadera familia huérfana del difunto.

Detras de la procesion se iban formando en columna las tropas de la valla, todas enlutadas y con las armas á la funerals.

Entraba ya en la Catedral la cabeza de esta numerosa procesion, cuando no acababa de salir de San Francisco; así es que á un tiempo llenaba todas las calles de su tránsito, en las que se agolpaban los espectadores, apiñados en las boca-calles, en las puertas, ventanas, balcones y azoteas. La plaza mayor en toda su vasta estension estaba llena completamente con la muchedumbre á pie, á caballo y en coche, sin que una sola voz turbase el pavoroso silencio.

Aquellas calles por donde diez y siete años antes se viera pasar al Idolo del pueblo mexicano, el grande ITZAPALTEMUCO victorioso, en medio de 12 ó 14 mil hombres que él conducia á recoger las aclamaciones y la corona de la victoria mas grande y mas pura que hayan visto los siglos: por aquellas calles por donde pocos años antes pasaba, radiante de gloria, de juventud y de felicidad: justificando á los ojos de los que no le habian conocido antes los altos hechos y el singular renombre que le habian precedido: por aquellas calles por donde ademas de su gloria inspiraba el entusiasmo y el amor, con un personal privilegiado por la naturaleza, con una dignidad natural en todo su continente, una sonrisa de bondad y de satisfaccion que animaba un semblante hermoso y una frente ancha y elevada, en la que se veia desde luego el tipo de una alta inteligencia: por aquellas calles en que las gentes se apresuraban á tender sus capas por el suelo para que pasase por ellas su caballo y en que las damas envidiaban un saludo, una mirada, no pasaban ese dia mas que unos cuantos huesos descarnados, unos fragmentos de huesos, única cosa que habia perdonado el encono de un enemigo vencido y la mediocridad envidiosa de tanta grandeza: así estaba escrito en el libro de los destinos.

Las dos de la tarde serian cuando acabó de llegar la procesion



Procesion conduciendo las cenizas del Sr. ITZAPALTEMUCO, de San Francisco á Catedral, el 26 de Octubre de 1838.